

“¿Integración? Incluido en la exclusión: Alan nos demanda”

Los padres de Alan (de nueve años) llegan a la primer consulta con varios diagnósticos. Uno de ellos, producto de una evaluación neurocognitiva, afirma: “Retraso del neurodesarrollo con trastorno en la comunicación, hiperactividad y trastornos de conducta, trastorno cognitivo con compromiso en el razonamiento perceptivo, en la atención, en las funciones ejecutivas y en las habilidades lingüísticas”. Otro diagnóstico lo califica como: “Retraso madurativo y múltiples déficits”. Un tercer diagnóstico lo tipifica: “Trastorno general del desarrollo no especificado (actualmente, sería etiquetado TEA-trastorno del espectro autista)”.

La mamá y el papá están muy preocupados y angustiados porque no encuentran una escuela que quiera y pueda alojar a Alan. Han tenido muchas entrevistas, la mayoría de ellas, denominadas diagnósticas, que conllevan un pronóstico inmediato: “Su hijo no es para esta escuela, igual les vamos a recomendar a otra que podría aceptarlo y sin no, seguramente, esa otra institución les puede recomendar también otra”. Con esta sentencia, culmina la primera y última entrevista en esos establecimientos. De esta manera, los papás y Alan han recorrido más de diez establecimientos escolares.

¿Cuál es dificultad y el problema que presenta Alan?, ¿Es posible integrarlo a una escuela común?, ¿Necesita un encuadre especial?, ¿Cómo hace Alan para constituir una pertenencia grupal, un lugar para conformar relaciones y lazos sociales, con los cuales poder identificarse y ser un niño como otros?

Alan ha estado integrado (con una docente integradora a su cargo todos los días) desde pre-escolar en una escolaridad “común”. Ha llegado a cursar con esta modalidad de integración el tercer grado, “adaptando el currículum según sus necesidades”, sin embargo, en todos estos años no logró “adaptarse” al ritmo escolar y mucho menos a establecer relaciones que le permitan construir y tener una pertenencia grupal e institucional que le permita aprender, socializarse e integrarse. Alan está “integrado”, pero esta inclusión, paradójicamente lo excluye.

En la entrevista, la madre de Alan nos relata diferentes episodios que causaron muchas “rabieta” por los cuales ha tenido que pasar su hijo, textualmente refiere: 1) “A todo el grado le indican que abra la página 110 del libro de clase”...Alan usa otro libro, al llegar a la casa le expresa a su madre: “Mamá porque yo hago un conejo y el resto tiene que hacer un paisaje...”

2) La maestra propone hacer una maqueta sobre el libro leído: “El principito”, fuera del horario escolar. Alan no solo no leyó el libro, nadie tampoco se lo explicó. Ni siquiera lo invitaron a formar parte del equipo que le correspondía. Llegó el día de la presentación en clase, entonces Alan reacciona con una “rabieta fenomenal”.

3) Trabajo en equipo sobre ciencias naturales o sociales, los niños tienen que llevar material, arman grupos y los compañeros le dicen a Alan: “Correte nos atratasas.., sos lento...no te sale”... Al llegar a casa, llora, triste, sin deseo de hacer nada.

4) Cuando Alan no sabe algo, no siempre le sale decir: “No lo sé”, entonces exclama: “No quiero hacerlo”...Los docentes afirman: “No supo cómo hacerlo y no quiere, no tiene conocimiento”. Alan reacciona, pega a un compañero y empuja a la maestra integradora.

5) Día de la primavera, por decisión de la escuela, desde principio de año, Alan se queda en una jornada reducida de 8 a 10 de la mañana, por supuesto, el horario normal es de 8 a 12:45. Programan el gran festejo a las 11 horas...no lo dejan participar, Alan miraba por el balcón como sus compañeros jugaban y se divertían, él deseaba ir, pero no podía...lloró mucho. Este último episodio me molestó a mí tanto más que a él (termina aclarando con desazón la mamá).

Ante esta situación, ¿Cómo puede responder Alan?. Reacciona a la supuesta integración oponiéndose, defendiéndose, a veces, violentamente o aislándose de los demás, pero fundamentalmente comienza a resistirse y rechazar los hábitos escolares, no quiere leer ni escribir (aunque sabe hacerlo). Ni siquiera acepta sacar los útiles de la mochila. ¿Por lo tanto, que hace?. Inquieto se mueve en el aula, “no presta atención”. Durante cuatro años, se siguió el protocolo de la supuesta integración, Alan sufre, llora, se entristece, angustiado se torna “agresivo”. Demanda un lugar para reflejarse, pero no lo encuentra. Sabemos que solo a partir de allí, de conquistar una posición y ser alojado, tendrá la posibilidad de apropiarse de un saber, aprehender, representar y conocer.

Alan, como muchos otros niños que presentan un estado corporal frágil, una labilidad psíquica más vulnerable que el resto, o simplemente diferente por su estado de indefensión, remiten directamente a ser considerados excepcionales. Podríamos decir, sin exagerar, que son ubicados en una posición de extranjería con respecto a su propio (impropio) cuerpo, y a los otros. En efecto, soportan ser extranjeros a sí mismos, ya que se les impone e inculca una imagen del cuerpo en la cual, al reconocerse en ella, se desconocen como sujeto. Habitan un espacio que no es anónimo, pues tienen el nombre de la discapacidad o del diagnóstico que, como tal, es general e indiferenciado. Pertenecen a esa franja siniestra de estar incluidos como excluidos. En ese estado de excepción, (tan bien analizado por Giorgio Agamben.) como discapacitados, muchas veces se transforman en un representante, en un perspicaz testigo de la falta en el Otro. Ya que cuestiona su imagen corporal. Esto último ocurre cuando un niño es integrado a un grupo pero no se aloja en él, ni se reflexiona sobre la problemática en cuestión. De esta manera, en la supuesta integración, se pretende eliminar (como si esto fuera posible) la alteridad de lo distinto y la singularidad de la diferencia.

El extraño, el “extranjero”, Alan es el diferente. En éstos casos, no se define por la nacionalidad o porque hablan otra lengua o pertenecen a otra etnia, ni porque tengan un color de piel distinta, sino por el estado de indefensión, por la dificultad psíquica-corporal que poseen, con la cual han nacido o la han adquirido sin elección posible. Ésta imposibilidad imposible define la excepcionalidad. Ser extranjeros en su propia-impropia morada: su cuerpo, o en la institución escolar. Sin embargo, su vulnerabilidad nos remite directamente a la propia, a la nuestra, a la de todo sujeto humano. En éste sentido, todos somos extranjeros, excepcionales, con relación a lo que no podemos asimilar, captar, de nosotros mismos. Cada uno tiene la propia impropia indefensión. Sin ella, la humanidad, como tal, no podría tener existencia. Es el malestar constitutivo que nos hace ser mortales lo que nos constituye como sujetos en la cultura, y permite hacer lazos sociales sostenidos, siempre, en el otro. En cualquier sociedad, la legalidad, la ley de alianzas, no es sin el Otro (por el cual se constituye), y el otro (con quien se relaciona socialmente, culturalmente, siempre y cuando no sea extranjeros a la condición corporal y psíquica).

Es imposible que exista la diversidad sin la alteridad, que implica la existencia de la amistad: del otro, del amigo. Si un niño es discapacitado en su discapacidad, o diagnosticado en su pronóstico (es decir extranjero, excepcional), ¿cómo puede constituirse y construir su imagen corporal para hacer lazo social con otros semejantes, o sea, para tener amigos? Muchos de los niños con los que trabajamos cotidianamente, paradójicamente están siempre en el mismo lugar. Hacen lo que se les demanda, cumplen la consigna, están “integrados” como se les exige. Aprenden a costa de la promiscua repetición de aquello que se les pide. ¿Pero ellos existen en ese pensamiento? ¿Pueden relacionarse con otros amigos, para pensar juntos? ¿Comparten la posibilidad de imaginar y fantasear en la diferencia? ¿Crean la complicidad de la experiencia infantil, aquella que sólo se consigue en la exclusiva intimidad de lo grupal? Por el contrario, ¿qué sentido tiene un grupo, cuando un niño, como Alan, es “extranjero” (extraño) y funciona sin pertenencia él?

Cuando de la infancia se trata, la hospitalidad de una institución escolar o social nunca puede ser absoluta, sin considerar los múltiples factores que determinan la experiencia infantil, más allá de cualquier dificultad pero que incluye, necesariamente, a ésta. Como hemos venido sosteniendo a lo largo de muchos años, no todo niño es integrable a una escolaridad “común” de modo general y uniforme. Es justamente ésta idea la que valoriza y defiende la necesidad de la escuela especial como verdadero acto de hospitalidad en aquellos niños que de otro modo están supuestamente incluidos, pero en su indefensión no terminan de integrarse. Permanecen como “intrusos”, extraños, extranjeros, a sus “propios-impropios” compañeros. ¿Es posible que un niño con problemas en el desarrollo y en su constitución subjetiva permanezca cuatro años escolares “integrado”, “incluido”, pero no lograr nunca tener siquiera un amigo con quien relacionarse y hacer lazo social?

Alan llega al consultorio con un muñeco de peluche, agarrado a él, temeroso me mira y rápidamente agacha la cabeza. La postura se inclina y la tensión invade el cuerpo, murmura el nombre del muñeco, que es un zombi (del juego zombis vs plantas). Lo aprieta fuerte, hace un movimiento deshilvanado, inclina el torso para atrás y para adelante. En ese vaivén rítmico, tensional, no deja de mirarme (aunque la mirada es fugaz y endeble). Susurra un sonido, prácticamente inaudible, que se pierde en la tenue voz, lo saluda: “Hola Alan”, “Hola, hola”, me responde, mueve el cuerpo para un lado y para el otro, sin dejar de apretar su muñeco, exclama: “Es un zombi, se enoja y te hace dormir”. Al decirlo, levanta las cejas y temeroso, sonrío, ante este gesto, digo: “Uy, uy, me parece que me hizo dormir, ay, ay”, a continuación, cierro los ojos y me quedo inmóvil, petrificado en esa posición (como si fuera una estatua).

Al verme así, Alan, va hacia el papá-que estaba en la puerta del edificio-lo mira y le dice: “¿Qué hace?, el papá responde: “No sé, Esteban parece que se quedó dormido. Andá llámalo, despertalo, sino no podés entrar...”. Desconcertado, Alan me mira, permanezco en la misma posición, sin modificar mi postura. Lentamente, se acerca y exclama: “Esteban despertarte, despertate”. En ese instante, cambio el tono y la prosodia de mi voz (como si fuera un robot) y digo: “Para despertarme tenés que tocar el botón número nueve, que está en algún lugar de mi cuerpo...” Alan retrocede, se dirige otra vez al papá, que sonriendo le confirma: “Alan tenés que tocar el botón nueve para que se despierte”, “No sé dónde está”, responde Alan, “Ahh, tenés que buscarlo, fijate si encontrás el botón para despertar a Esteban”.

Despacio, Alan se anima y me toca el pelo, con la voz “robotizada” contesto: “No, no era ese el botón...tocaste el botón número cuatro...tenés que encontrar el número nueve”. Sobresaltado, mira al papá, que con un gesto confirma la búsqueda. Vuelve a tocarme el brazo, respondo: “No, ese es el botón número ocho...estás muy cerca, es por el otro lado...” Entonces camina para atrás, da la vuelta y toca mi espalda...grito: “Si, es el botón nueve, gracias. Me había quedado dormido por el poder mágico de tu muñeco zombi”. Sonriente, Alan me da la mano y me lleva para el pasillo donde está el ascensor: “Chau, chau papá, vamos arriba”. Reafirmo el saludo con un gesto y alcanzo a decirle el horario para que venga a buscarlo, justo antes de entrar en el ascensor. Alan quiere ver los juguetes, las cosas que tengo en el consultorio y los peces (porque le gustan mucho y los papás le contaron que tenía una pecera).

Deseante y ansioso, Alan entra al consultorio, en una mano aprieta su muñeco y con la otra agarra la mía. Exploramos y recorremos descubriendo los diferentes espacios y las cosas que encuentra: pelotas, pizarrón, aros, encastres, muñecos, pecera, computadora. Se detiene en los peces, les damos de comer, pregunta cómo se llaman y en especial le llama la atención el más chiquito, en comparación con el resto, porque por su tamaño le costaba comer y moverse ágilmente, era más lento y los demás comían todo antes que él. Aprovecho esta escena para decirle: “Tenemos que cuidarlo, porque los otros son más rápidos y comen sin parar, no le dejan

nada". Alan, sin dejar de mirarlos, dice: "A mí en la escuela, me pasaba igual, era el último, me cargaban, se reían, me burlaban". Nos miramos, comparto el sinsabor de la tristeza y respondo: "Bueno gracias por contármelo, voy a tratar de ayudarte".

A continuación, le damos de comer al pececito, para lograrlo, alejamos con la mano (dentro de la pecera) a los otros peces. El pez chiquitito puede comer, contento, Alan me muestra como lo hace. Luego, sin mediación sale corriendo a la computadora para mostrarme el juego Plantas vs Zombis. Al final de la sesión, nos sorprende el timbre, cuando estaba mostrándome las imágenes. Nos despedimos hasta la próxima. Al bajar y ver al papá, sale corriendo y le dice: "Papá, papá, ¿Cuándo volvemos?...quiero volver mañana..."

En las siguientes sesiones diagnósticas, se acrecienta el entredós transferencial del espacio compartido, por donde se asoma un Alan que desea, demanda y busca un lugar donde pertenecer. ¿Cuál es la escuela que puede alojar a Alan y los problemas que él presenta?

Al finalizar las entrevistas diagnósticas, luego de cinco encuentros, Alan llega al consultorio con un muñeco peluche que es una zeta, afirma: "Es un hongo sanador", grita alegremente apenas me ve..."Uy, uy", reacciono y le pregunto: "¿Pero que puede curar?", claramente responde: "A vos te va a curar del miedo a los monstruos, porque es sanador", al mismo tiempo que lo dice, me toca la cabeza y la espalda con peluche..." Esta zeta te va a proteger de los monstruos, no te preocupes, te va a sanar..." Al entrar al consultorio, entono el sonido de un monstruo: "Rrrraaaahhh...rrraaaahhh", rápidamente me toca la cabeza con el hongo sanador y exclama: "No ves, ya se te fue, no te va a molestar más", a continuación, propone dibujar el monstruo en una pizarra, lentamente lo hacemos juntos: "Una parte cada uno", al finalizar la figura monstruosa, hace el gesto de susto y temor. Alan con una mano, coloca la zeta sanadora y con la otra toma un borrador y borra el dibujo, sonriente dice: "Viste, se fue, el hongo te quiere ayudar a no tener miedo a los monstruos..."

La experiencia infantil que generamos con Alan tiene el poder, la convicción y la potencia de lo que la palabra no alcanza a contener, lo que ningún texto puede enunciar, aunque no deje de producir tras su paso, efectos de sentido. Es el inicio del comienzo, del lenguaje del origen como experiencia y de la experiencia del origen como lenguaje, por donde se pliega y despliega el impulso fantástico de Alan, que desea sanarse.

Nuestra función es potenciar este deseo al dar lugar para que otra escena suceda y de este modo, Alan conquiste una posición a la cual pertenecer sin miedos...aunque los "monstruos" continúen al acecho...pero por suerte habrá a disposición un hongo sanador dispuesto a acudir a nuestra ayuda, siempre y cuando, creamos en él como lo intenta hacer Alan para sanear sus heridas con el poder ficcional de la imaginación.

Esteban Levin
estebanlevín@lainfancia.net
www.facebook.com/estebanlevin.lainfancia
www.lainfancia.com